



EL ECO DE CARTAGENA

N.º XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9747

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes. 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 1.º DE MAYO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herreramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azucar, tijeras para podar.

Efectos de agorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sertideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

LA PREVIA CENSURA

UN CUARTO A ESPADAS

I.

¡Válame el diablo (que es quien por mis muchos pecados puede valerme) y cuán grande sorpresa me ha motido, en el ánimo pecadora el inesperado artículo del Sr. Barrachina!

¿Y cómo no sorprenderse y maravillarse al ver á todo un demócrata de estos tiempos liberales, republicano por más señas, defender y acatar como cosa buena y asaz conveniente, lo que por tal tenían y defendían los Reyes Católicos, la princesa Doña Juana, Fernando VII, la Inquisición y otros republicanos de tan conocida médula democrática?

Y no vayan los lectores á creer que la *previa censura* del Sr. Barrachina (que esta es la cosa que acata por buena y defiende por útil), es una *previa censura* moderada, de amplio criterio y grandes tragaderas, como fundada solamente para salvar la moral, harto comprometida en estos tiempos, porque si así lo creyeran en lamentable

error y en grave equivocación incurrián; no, la *previa censura* que agrada al Sr. Barrachina ni es moderada ni de amplio criterio y anchas tragaderas, que no puede tener tan simpáticas condiciones una *censura* que, como copia del señor Barrachina, «nos ahorra el mal sabor de ciertas publicaciones y nos libraría del avispero de *reporters de chunda* y articulistas á lo *papamoscas*, que todo lo invaden y en todas partes sobran.» ¡Ahí es nada una *censura* *previa* para los *reporters* y para los inocentes *papamoscas* literarios!

Por lo visto, que, como ustedes pueden observar, ya es bastante para deducir la índole ampliamente liberal del Sr. Barrachina, qui zás hubiera deseado el articulista, de haberla conocido, que recuperara toda su fuerza legal aquella pragmática de 7 de septiembre de 1558, dada en Valladolid, á nombre de D. Felipe, por la muy desventurada princesa Doña Juana, la cual condenaba á pena de muerte, perdimiento de bienes y destierro perpetuo á todo el que no pusiera sus libros ó romances en las pecadoras manos de algún corregidor.

Es verdad, y esto lo digo en bien del articulista *en cuestión*, como ahora se dice, es verdad que con la prensa no se mete: «dejémosla con todas sus libertades—dice el señor Barrachina—que á cambio de no caer en manos de algún Melendo, (?) vale la pena de soportar este aluvión de *escribidores*.»

Bueno, y gracias por la parte que me toca, pero ¿en qué quedamos? Si ha pedido usted la *previa censura* para que nos libre de los *reporters* y articulistas *papamoscas*, ¿cómo quiere usted que dejemos á la prensa con todas sus libertades?

Francamente, no sé cómo pueden armonizarse ambas peticiones, ni qué había que hacer para que con *previa censura* conservara la prensa *todas sus libertades*.

Si vale la pena soportar á esos

escribidores, no cree usted conveniente la *previa censura*, y si cree usted conveniente la *previa censura* porque nos ahorra el soportar *escribidores*, es que no vale la pena soportarlos; digo, á menos de que resulte cierto que tres y dos son cinco, y dos y tres son siete.

Para el Sr. Barrachina la *previa censura* es el remedio supremo que reclama la decadencia de nuestra escena, y nada importa que él mismo afirme, cuatro líneas más arriba, «que la democracia rechaza los sistemas *preventivos*,» con lo cual, lléveme el diablo, si no aparece reaccionario y antidemócrata, que no otra cosa puede ser, *quien defiende lo que la democracia rechaza*.

Y como si no fueran bastantes para dar aspecto reaccionario á la personalidad política del Sr. Barrachina las anteriores consideraciones, ahí va esta manifestación franca y leal, que no deja lugar á duda: «¿Hay quien crea de buena fe, que la *libertad democrática* concedida á la escena, ha proporcionado algún bien social?»

Después de esto, ¿no es verdad que hacen falta muy buena voluntad y gran imaginación para creer demócrata á mi distinguido amigo Sr. Barrachina?

Dedúcese de todo lo que llevo dicho que, ó yo soy tonto de remate, (cosa que estoy dispuesto á conceder) ó el Sr. Barrachina es un demócrata *sui generis*, que trabaja por las libertades desde partidos avanzados, para darse el gusto de atacarlas, una vez conquistadas, desde las columnas de los periódicos.

Y bosquejada así la personalidad política del notable abogado, pasemos á analizar su personalidad literaria.

II

La causa de la decadencia de nuestro teatro y hasta de la corrupción de nuestras costumbres, hallala el Sr. Barrachina en un hecho, cuya trascendental impor-

tancia ha pasado inadvertida para nuestros críticos; esa causa, que por los estragos que le tribuye el Sr. Barrachina, bien puede ser llamada *causa criminal*, es, pásmense ustedes, la importación de la opereta.

Digalo el mismo Sr. Barrachina: «mucho daño hizo á nuestra literatura patria, en la *edad media*, la *invasión de las tropas francesas*, pero es inmensamente mayor el causado en estos tiempos con la importación de la opereta.»

Confesemos nuestra ignorancia: muchos de los que hemos leído la historia de España, no sabemos qué tropas francesas son esas que en la *edad media* hicieron tanto daño á nuestra literatura. ¿Se refiere el articulista á la muchedumbre de poetas y trovadores provenzales que penetraron en España, cuando eran perseguidos los albigenses? Pues en este caso, no hay tales tropas francesas y es muy discutible eso de que produjeran un gran daño á nuestra literatura. ¿Se refiere á las *compañías blancas* de Beltrán Duguesclin? Pues no hay entonces tal *invasión* de tropas ni tal influencia en nuestras letras. ¿Se refiere al auxilio que Luis XI prestó á Juan II, enviándole quinientas lanzas á cambio de un subsidio anual? Tampoco hay *invasión* ni influencia literaria en este caso, y lo mismo puede decirse si se refiere á las tropas francesas, que nos enviara Carlos de Anjou, bravamente derrotadas por los valientes almogávaros de Pedro III el Grande de Aragón.

Y á todo esto, bien puede decirse que poco daño podía producir esa *invasión* de tropas tan peregrina, á la literatura española, cuando comenzaba á tener carácter propio el más tarde rico y hermoso idioma castellano. Es decir, que por obra y gracia del Sr. Barrachina y de esa tan decantada *invasión* de tropas, la literatura castellana sufre un grave daño, *aun antes* de haberse formado nuestro idioma.

Mas dejémosnos de consideraciones, y vamos derechamente á nuestro asunto: ¿qué apostamos á que el Sr. Barrachina, por mucho talento que tenga, como yo creo que tiene, no demuestra que la importación de la opereta, es la causa de la corrupción de nuestras costumbres y de la decadencia de nuestro teatro?

«Mientras en nuestro teatro viva la opereta y los operetistas, los Vicos y los Calvos, las Diez y las Tubaus, tienen que emigrar á América.» Esto dice el Sr. Barrachina, demos, pues, punto en boca, mas no sin preguntar antes esto solo: ¿cuáles operetas importadas ocasionaron la emigración, por ejemplo, de la Matilde Díez?

Dice también el articulista en su erudito trabajo: «En la Roma del Imperio, borracha ante los pies de las prostitutas cortesanas, no llegó á tan bajo nivel la escena, y ni aquella nube de Pisones que tan pronto largaban un beso á la voluptuosidad, como curaban un dolor de muelas con el específico de la risa, componían peores poesías que estos *revisteros* de nuestra época.»

Dando por cierto lo de que sean *revisteros* los que componen poesías, ¿no es verdad que parece, á juzgar, por lo transcrito, que cree el Sr. Barrachina que el Imperio fue la época de decadencia para la literatura latina? Demasiado sabe mi distinguido amigo que es todo lo contrario.

Aunque todavía queda mucha tela cortada, es preciso dejarlo, que acaso no agradezcan EL ECO y sus lectores este colosal y deslabazado artículo.

Con lo dicho basta para que queden bosquejadas las dos personalidades con que el Sr. Barrachina se nos manifiesta en su artículo.

Y como me parece una osadía infinita el hecho de que yo sea crítico de tan distinguido letrado como el Sr. Barrachina, envuelvo mi nombre obscuro en un pseudónimo,

EL ULTIMO MOHICANO.

513

lo, pero al verme se hubiera vuelto loco de miedo, aunque en cuanto á ese mayor no estais mucho mas hermoso que yo, gracias á vuestra pintura.

Duncan que se había encaminado ya hacia la puerta, se detuvo al oír estas palabras.

—Estoy pues muy horroroso?

—No tanto como para asustar á un lobo ó para hacer retroceder á un regimiento al dar una carga, pero recuerdo un tiempo en que sin adularos teniais mejor cara. Las squaws de los indios no tendrían nada que decir, pero las jóvenes de sangre blanca prefieren su propio color. Mirad, añadió señalando una grieta de la roca por donde salía un chorro de agua, podéis facilmente quitaros la pintura, y cuando volváis yo mismo os pintaré de nuevo. No os preocupéis por eso, pero es muy frecuente ver, á los hechiceros cambiar la pintura de su semblante mientras hacen sus conjuros.

El cazador no necesitó esforzar sus argumentos. Hablaba aun, cuando Duncan trató de hacer desaparecer los vestigios de su careta prestada. Despues desapareció por la puerta que el cazador le había indicado.

Ojo de Halgón lo vió marchar con satisfacción, recomendándole que no perdiera mucho tiempo en palabras inútiles, y se aprovechó de su ausencia para examinar el estado de la despensa de los Hurones,

612 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

presentar su papel de oso para ver lo que resultaba.

—Y lo habeis hecho admirablemente.

—Un hombre que ha estudiado tanto tiempo en el desierto, sería un mal escolar si no supiera imitar la voz y los movimientos de un oso.—Pero pensemos en nuestros asuntos.—En donde está la joven señora?

—Dios lo sabe. He entrado en las cabañas de los Hurones, pero ningun indicio he hallado de que está en su campamento.

—No habeis oido que al salir el cantor ha dicho.—Os espera? Está aquí?

—He acabado por creer que aludía á esta pobre muger, que esperaba de mí una curación que es imposible.

—El imbecil ha tenido miedo ó se ha explicado mal. Con seguridad hablaba de la hija del comandante.—Veamos; aquí hay tabiques.—Un oso debe saber trepar, de modo que voy á hechar una mirada por encima de ellos. Puede haber ahí alguna colmena y ya sabeis que soy un animal á quien agrada lo dulce.

Al decir esto el cazador avanzó hacia la pared, y subió por ella facilmente, pero en cuanto llegó arriba hizo señal al mayor de que guardara silencio y se bajó enseguida.

—Abi está, le dijo, y podéis entrar por esa puerta. Hubiera podido decirle algunas palabras de consue-

EL ULTIMO MOHICANO.

509

Cumplió su palabra, y Duncan se halló solo con una mujer moribunda y un amigo tembloroso. Este parecía escuchar los pasos del indio con la sagacidad propia del oso. Por fin el ruido de la puerta indicó que ya había salido de la caverna.

Entonces el oso avanzó lentamente hacia Heyward y cuando estuvo á dos pasos se puso de pie ante él. Duncan miró á todos lados para buscar alguna arma con que defenderse de un ataque que esperaba á cada momento, pero no pudo hallar ni un palo.

Parecía sin embargo que el animal no tenía las intenciones que Heyward le suponía. Llevó sus patas delanteras á la cabeza, la sacudió con fuerza, y en tanto que Duncan lo miraba sin moverse, aquella cabeza cayó á sus pies y debajo vió aparecer la del honrado y valiente cazador.

—¡Chst! dijo en voz baja para contener una exclamación de sorpresa de Duncan, esos bandidos no están muy lejos, y si oyen algo caerán sobre nosotros inmediatamente.

—Pero explicadme qué significa ese disfraz y por qué os aventurais de este modo.

—Ahí es que muchas veces la casualidad es más poderosa que el razonamiento. Pero como una historia debe empezar siempre por el principio, os lo contaré todo con orden. Despues de vuestra marcha instalé al Sagafnore y al comandante en una antigua